

AMÓS RODRÍGUEZ REY

Ayuntamiento de La Línea, dignísimas autoridades, señoras, señores, amigos todos. No es difícil en este ambiente glosar la figura del hombre artista a quien tanto quisimos, yo traía preparada mi lección, vamos a llamarle así.

Indudablemente muy lírica pero he traído también un libro que por aquí no se conoce, ni por aquí ni por ningún sitio porque se hizo una edición muy corta en homenaje a José Monge, Camarón. Lo publicó con la colaboración de la Junta de Andalucía, el Aula de cultura del Ayuntamiento de Sevilla y su presentación formó parte del programa con el que celebrábamos la Bienal de Sevilla, la séptima. En este libro figura un estudio mío escrito casi inmediatamente después (porque me hacen el encargo así), casi inmediatamente después de su muerte y os lo voy a dar a conocer. Al principio hay una nota del primer homenaje que se le hace a José Monge en el mundo, el primer homenaje de José lo hace a las muy pocas horas de haber dejado de estar entre nosotros.

Él murió sobre las siete de la mañana y a las tres de la tarde recibía el homenaje de la tribuna de Radio América para toda España y América de habla hispana. Este texto se leía como homenaje a José, repito, a las tres de aquella misma tarde, así que no creo que nadie se nos pudiera haber adelantado desde las siete y media. Bueno, se titula “*Andalucía entera tembló de pena*”.

“Desde las siete y media de la mañana del 2 de Julio Andalucía entera otra vez tembló de pena, de angustia, se dejó arrebatar por el dolor que flotaba en su atmósfera producido por la noticia de una muerte que anunciaba la voz helada de un locutor de informativos; todos los demás se hicieron ecos fríos y desacostumbrados. El poder de la radio fue el culpable de que Andalucía y con ella el mundo entero llorara a lágrima viva, José Monge Cruz, Camarón de la Isla, el cantaor, se nos había escapado para siempre ¿hacia dónde?.

Tremendo latigazo que desmayó a los gitanillos de las macetas puso en rojo vivo a todas las flores y a todas las plantas y nos acongojó a la contemplación de un horizonte de sensaciones únicas e íntimas.

No resulta arriesgado pensar que la negra nube de la muerte anunciada, que todo ser humano lleva en sí, produjo conciencia colectiva andalucista y en el dolor hubo unidad con exuberantes reflejos demostrativos de que toda España está teñida y traspasada de andalucismo como bien observaron hace muchos años mis venerables maestros Don Carlos y Don Pedro Cava con Don Rafael Cancino. Todo esto que pudiera parecer un principio sin base, es una realidad vivida en el sepelio de José Monge. Allí nos encontramos todos los hombres de la Península Ibérica desde Lisboa a Valencia, desde Finisterre hasta las Islas Bermejas, acompañados por franceses y magrebíes en comunión lírica, signados por el dolor místico, artístico de quien fue gurú prodigioso, y así lo gritaban estáticas y altas cigüeñas que inamovibles estaban posadas como en éxtasis contemplativo de apariciones en la torre del campanario del Convento del Carmen de San Fernando, donde todos rezábamos juntos, derramando lágrimas mudas entre suspiros breves que se nos escapaban ante la impotencia y nos abrazábamos elevándonos sobre lo desagradablemente terrenal con el mismo sentido ético, estético que se desprende de la armonía discursiva de la solea, en vuelo breve de perdiz o de faisán o en el dominante de águila imperial y persuasiva.

En lo recoleto del templo no se pudo evitar la facilidad que el hombre descubre en el arte para encontrar, sin diferencias sociales y por supuesto étnicas, el vehículo hacia lo invisible, mucho más allá de la superficie andaluza y de la muerte. Escarbando sencillamente y como algo natural no se llega a la profundidad de tan complejo subterráneo, habrá que cavar con mucha fe y generosidad, para que en el fondo del pozo se nos ofrezca las dulces aguas de la conciencia de este pueblo; lo contrario será una ruina con escombros suficientes como para permitirnos alcanzar que esa conciencia se refleja con plenitud en los sonidos maravillosos de sus cantes, que nos trasladan a mundos fantásticos de sólidos colores con aires puros y nítidos donde se puede flotar al compás de sonos elocuentes que, por otra parte, sólo están al alcance de las almas sencillas y capaces de sentir estas vibraciones sin necesidad de un análisis de laboratorio generalmente estúpido. Cualquier analfabeto de mi pueblo contará con gracia y veracidad los tres mil años de su historia por eso aquí la suficiencia de las capacidades eruditas no sirve y, si acaso, serán miradas por el rabillo del ojo, con mucha sospecha y siempre con ironía.

El hombre andaluz no se somete a la razón y nada más que a ésta. El hombre andaluz prefiere y supongo que ya es sabido, la verdad gritada por su subconciencia y de ahí que hasta los teólogos deban afinar en su hilado con mucha delicadeza porque es mejor adaptar a las raíces de la conciencia andaluza y como pueden los grandes sentimientos religiosos que aquí se dan de manera espontánea ante la contemplación de la belleza de una imagen de María, de un crucificado o de un niño.

Pero eso es otra historia rarísima y magnífica. Este es un país tan preciso en su mismo equilibrio que confiere calidad de héroe y canoniza a quien quiere y cuando quiere sin otra razón que la poética. Y esto podrá parecerles una contradicción, pero no se puede negar que toda esta panorámica se dibuja plena en el sentimiento cantador de este pueblo porque en el decir del cante se reflejan todas sus verdades. En ocasiones con vistosa teatralidad no hay que demandar por el árbol de la rebusca para llegar a una conclusión definitiva que asegure que en el cantador que ha emprendido viaje a lo eterno coinciden todas las gracias y elementos necesarios para ser como fue, oráculo de un pueblo, gurú que dirigía las conciencias desde el magisterio de una voz personalísima que subyugaba las almas y electrizaba los nervios lanzando unos sonidos, extraños si queremos, que se convertían en la plena solidaridad del amor y el ángel contenidos en la colectividad que los tomaba de su exclusiva propiedad armónica. En realidad, armonía, exquisiteces, un acto de sublevación, que se encuentra en los sonidos únicos de Camarón, José Monge Cruz, quien está en la historia grande del arte porque sin parecerse a nadie fue universal, tocó la profundidad de Duque Gerton, la prestancia y agilidad de un Mozart, el barroquismo singular de Zúquemar, la gracia acentuada de Boccherini.

Dijo Federico García Sanchis, un levantino, que en Cádiz hasta la canalla era fina y que el cante flamenco no era una curiosidad folclórica como otra cualquiera porque el cante representaba el drama de toda la humanidad encadenada. Así lo certificó con toda categoría y autoridad la flamencura de Camarón a quien me daba miedo decirle “ole”, no fuera a interrumpirle el mensaje de limón, naranja y hierbabuena, el misterio del buen andaluz que habitaba en la garganta de Joselito Monge, como si él fuera fuente y ella agua. Camarón fue energía vital, fue dolor y angustia, melancolía, belleza, dulzura y esperanza, fue armónico en la creatividad heterodoxa. Para servir de escándalo fue la juventud y la calada, el nuevo cante de Andalucía en expresión venerada por la juventud que gime por estrenar veneros, por lo que alguna vez tendremos que conformarnos.

José Monge se nos fue, tal vez desesperado, entre nubes carmesí de Cataluña gritando su amor al azul de Andalucía. Camarón se colocó en el cosmos para que con él gozaran los tronos y las nominaciones, Pastora y Tomás, Caracol y el Niño de Jerez, Talega, Enrique y el Nitri, Silverio y Mairena, Vallejo y el Gloria, Juan Breva, el de Cabra y Chacón, Juanelo y los Cantorales con Pinto y Fengel, Marchena y Carbonerillo con Marsufo y Terremoto. Dicen que Hércules, el fundador de su tierra le regaló dos cachorros de león para que les cantara la nana, a él, el fundador de la modernidad cantaora.

Merce la Serneta, el Loco Mateo, la Andonda y el Fillo se espantaron y las manos se llevaron a la cabeza, el Planeta, detrás de corte tan inmensa. Don Manuel Machado recitaba Adelfos, Platero le acarició las manos con su hociquito blanco, y aquí en la tierra nos dejó sabiendo que nada se sabe por ventura milagrosa.

Bienaventurado seas José Monge Cruz, Camarón de la Isla, donde quiera que te encuentres.” Sevilla a 30 de Julio de 1992.

Y el 27 de Febrero del año 1993, La Línea de la Concepción, terminal de un nuevo mundo, puerto para todos, novia amorosa de espléndidos azules, verdes y naranjas, auténtica realidad social, capricho español, relicario de aspiración por los suyos, baluarte de corazones sencillos y amables abiertos al mar y a todos los aires, faro de ansias futuras, bandera de libertad, mar, océano, luz y valentía, viene hoy a elevarse suprema sobre la generosidad de todas las bahías, los universales litorales gritando conmovida con los dolores también de un parto legítimo y feliz que José Monge Cruz, Camarón, es su hijo sublimizado desde la altura de la adopción. Y así se completa La Línea de la Concepción a sí misma como madre, ya no obligada por circunstancia alguna, sólo en la espiritualidad imperativa de los amores que anidan en su corazón, fecundos y arrebatadores, amor de ciencia intelectualizada, amor concienciado en lo bello poemático, en la luz y en los levantes que conmueven y arrastran el seductor quejío del flamenco de su hijo José, corazón de aguas, tránsito entre los vientos como un niño de olivo, que marca los compases del mundo, desde el infinito cardenal de la pena y la angustia en su voz enredada como un milagro de lunas en la campana de su cante, hasta el dolor de Andalucía desparramado en la música en él revivida, para no escaparse inmune en el desierto de las soledades. En los mimbres de José, el dulce reír de los hombres que reclaman el cumplimiento del sino, y, en sus sonidos, el torrente de las aguas respiradas, bebidas desde la sed; en su misma pena, el fulgor de las verdades tiernas de su sangre de mieles y sueños, limpios en campos perfilados por el oro de los trigos y de ríos sin orillas.

Andalucía entera hacia ti, inalcanzable Línea, desde el amor que gritas por tus hijos engendrados en el verso y en las flores, en la música sedimentada en los pozos del alma de los hombres de nuestra tierra, la música que tú, Línea, sientes y amas, como antesala de la eternidad desde el dictado de José, desde el asombro Camarón del cante venerado por la juventud huida antes de él para después y en él completarse andaluz, con lo armónico de su discurso cantaor exuberante, espléndido como ningún otro.

Camarón, sustancia última y definitiva de la emoción del grito y del misterio que encuadran los cantes, no podrá negar nadie que en él, estuvieron todas las reminiscencias de la historia de Andalucía, todo el prolongado dolor que reflejan nuestras almas, todos los temores cósmicos de nuestros sentimientos.

En el cante de José, estuvo toda la voluptuosidad, hasta la mística sentimental si queremos, de nuestro pueblo y el dolor social y la voluptuosidad que conducen a llorar cantando y reír sufriendo.

El cante de Camarón e incluso su misma actitud cantaora, fueron la antítesis de lo funesto porque la melodía de lo que podíamos llamar sucinto, fueron serenas desde lo atormentado, claras desde las oscuridades, dulces desde lo agrio.

La originalidad del espíritu místico de cantaor de Camarón lo prueba y lo aprueba también la potencia radical de su doctrina cantaora, perfumada de esencias purificadoras que en el fondo seducen, incluso a los racionalistas incubados en el rigor de las raíces supuestamente ortodoxas, dogmáticas y cuadrículadas.

En el cante de José, sin necesidad tampoco de un análisis profundo, podremos descubrir que florece su alma con conciencia de raíz, proyectando hacia fuera lo que lleva dentro y pugna por salir como una energía cósmica en él depositada, por lo que resulta razón más que suficiente para considerarlo artista desde La Línea, por si fuera poco.

No dudemos pues, que el cante andaluz alcanza plenitud de expresión en la voz de Camarón, voz de signo viril, perfecto, atrozante del símbolo del compás, del sollozo, de la estética, del silencio pudoroso e intimista, voz densa de significación gitana, sin divergencias, sin nada, por las suavidades del contorno telefónico que le vio nacer.

Como estudioso del fenómeno José Monge Cruz, Camarón de la Isla, no cabe duda de que fue hasta fenómeno social, que establece un movimiento aglutinador de jóvenes capacidades que sin él, jamás se hubieran interesado por el lenguaje cantaor de nuestra tierra. Por considerarlo posiblemente anacrónico, incluyo y vengo a estimar que Camarón fue el mismo cante, suelto, muerto y hecho hombre y naturalmente ya no podía estar más tiempo con nosotros.